

DELFINES EN LA NOCHE

Cristina Rodríguez Aguilar

Entrar en otro garito para que la noche se pierda con el insomnio. Pedir un vodka, sólo porque los rusos son melancólicos y hoy el cuerpo parece estar despidiéndose de todo. Tal vez entre los hombros desnudos de las mujeres la salida de un pequeño sol, de un diminuto faro. Tal vez por una vez abrir la boca y comportarse por si alguien estuviera escuchando. Una boca roja enfrente de la mía dibuja señales de humo en el aire. Ven para acá, hombre triste, la melancolía compartida puede transformarse en pasión. Todo lo que veo pasa rápido, como si no fuera real. Mujeres y hombres moviéndose frenéticamente al ritmo de la música. ¿Jazz? El jazz no se puede bailar. ¿Quién te dijo eso? Mírame, soy negro de Nueva Orleans y bailo jazz. ¿Ya no te acuerdas cuando me disparaste en el callejón y sonaba el jazz? ¿No quieres acordarte de la sangre sobre el pecho y los gritos de las mujeres negras? Escúpelos ya, se te están pudriendo las entrañas. Yo no te maté. Las pistolas dispararon, pero yo no te maté, no fueron mis manos. Sí me mataste. Me mataste a mí y a la mujer que tal vez aún me espera. Mataste a un negro jazzman de Nueva Orleans porque estaba bailando jazz. Los fantasmas no hablan. Mira cómo bailo jazz, venga, coge las pistolas y atraviésame el pecho. Un negro en un callejón, un lunar negro en la noche. Lárgate, esta noche no tengo

ganas de verte. Nadie tiene ganas de ver al hombre al que ha asesinado. ¿Qué quieres de mí? Quiero que vayas donde aquella mujer del fondo, la del vestido de plata, y le preguntes por los delfines de la noche. Estás loco, aquí los blancos no se acercan a las negras. Quiero que vayas donde ella porque me lo debes. Si me acerco me matarán. Te matarán de todos modos, tus ojos están pidiendo a gritos que alguien te mate. Apresúrate, ella se está moviendo hacia la puerta. No dejes que se vaya. No eres más que el fantasma de un negro. Olvídame. No me estás hablando, he bebido demasiado vodka, esto no es un bar de negros de Nueva Orleans, estoy en un garito de Chicago. Aquí no hay negros. Venga, la dama del vestido de plata te espera. Ya sabe quién eres. Los asesinos de negros llevan una marca en las pupilas, la imagen de su víctima. Lárgate. No existes. Yo no maté a un negro en un callejón de Nueva Orleans, el hombre al que disparé se llamaba Gianni, era un matón a sueldo y venía a liquidarme. Yo nunca he estado en Nueva Orleans. Pregúntale por los delfines de la noche. Ella te hará un regalo. Terminé el vodka y me largo. No puedes irte, la dama del vestido de plata va a cantar para ti. Cuando empiece a cantar, ya no podrás moverte. Es una sirena. No hay sirenas negras. Eres un asqueroso racista. Cuando me mataste lo oí claramente “asquerosos negros

violadores de blancas". Pero yo sé cosas de ti, sé que tú también eres negro. ¡¡¡Cállate!!! Tu abuela blanca engendró de un negro a tu madre. Tu abuela blanca amó a aquel negro que fue tu abuelo. ¡¡¡Cállate!!! Soy un fantasma, ¿recuerdas?, ya no puedes hacerme nada. Aquella noche iba a casarme con una hermosa mujer con un vestido de plata. Ella cantaba como una sirena. No sabes cuánto te odio por haberme arrebatado de su vida. Escúchala, canta como una sirena negra desde el fondo del negro océano. Escúchala, porque está cantando el réquiem para un muerto. ¡Soy blanco, blanco y estoy en un bar de Chicago! ¡Me oyes? ¡¡¡En un bar de Chicago!!!! Te equivocas, estás en el garito de Nueva Orleans donde mataste a un hombre sólo porque era un negro que bailaba jazz, bailaba porque esa noche se iba a casar. ¿La oyes cantar? Mírala cómo mueve los

brazos, igual que las algas bajo el agua. Ya no puedes moverte. La sirena está cantando. ¡Estaba borracho, no quise matarte! Me mataste, a mí y a los hijos que se ahogaron en el vientre de la sirena, mataste mis pasos de baile y mis ojos llenos de amor. Pero pronto descansaré. Escúchala cantar. Cuando veas dos delfines saliendo de su pecho, sentirás dos punzadas en el corazón. No te dolerá. Verás un resplandor y yo te estaré esperando en la frontera de los mundos. Aquella noche no sólo me mataste. Moriste también. Han pasado cuarenta años para que el tiempo se detenga y regreses aquí, de donde ya no saldrás. Ya no habrá futuro para el asesino del negro que bailaba jazz. Ya no habrá otras muertes ni melancolía ni vodka. Te espero para ver los delfines. Ellos vienen a llevarme otra vez con ella. Tú eres el mensajero que no regresará.

